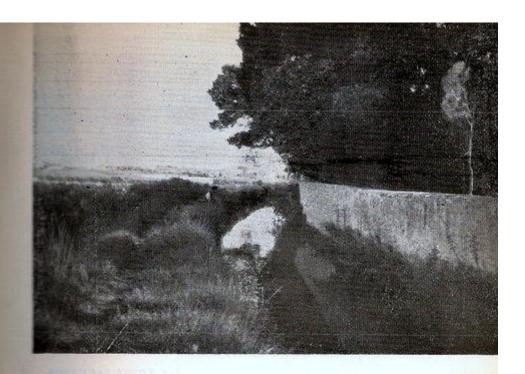
RESPONSO LÍRICO A LA ACEQUIA DE MONCADA

Dr. López Laguarda Cronista Oficial Burjasot Fiestas Patronales agosto 1966





ESDE hace ya algunos años, la acequia de Moncada, ha dejado de ser la acequia de Moncada...! De ahora en adelante, será uno de tantos canales por donde, encajonadas entre muros de cemento circulen monótonamente tumultuosas las aguas que riegan lo pejor y más fértil de nuestra huerta.

Han desaparecido, quizá para siempre, aquellos márgenes perpetuamente verdes por los que, ciñendose a sus ondulaciones, serpenteaba la senda entre juncos, moreras, adelfas y lechetreznas que las menudas policromas florecillas entrecomillaban. El agua, durante casi todo el año en las duras épocas de estiaje, llenaba ubérrima su amplio cauce, relejando limpiamente el añil inimitable de nuestro cielo que, en los mansos, el incesante patinar de los girinos arañaba. A flor de agua y, mo a las orillas, florecian los juncos en negras libélulas e irisadas máriposas, que batiendo de vez en cuando nerviosamente los cuatro pédes sus alas, se balanceaban atusándose la inquieta cabeza. Las destas cañas que crecian a una y otra orilla, inclinadas hacia la comente formaban un túnel de verdor que haces de sol atravesaban remberando en zigzagueantes destellos. Más allá, los copudos pinos etermente verdes, se miraban en las aguas como agradeciéndoles la humedad que mantenia su verdor; en los abundantes remansos se aquietaba a corriente buscando un fugaz reposo y jugando a remolinos en los que pratan hojas y flores arrastradas, hasta que con un beso largo y aparado se deshacian.

Parificos y cachazudos pescadores con tenacidad a prueba de desensalpicaban sus orillas a la sombra de los cañaverales, acechando escurridizas angullas o los voraces barbos; pequeñas o anchas commentas la sangraban de trecho en trecho, dejando escapar tumultuosamente sus aguas, tan necesarias para llevar a feliz término las cosechas; turante el caliginoso verano, grupos de chiquillos se zambullian y, al salir a forma prolongada inmersión, arrancaba el sol sorollescas y fugaces pinceladas de brillante luz en sus bronceados torsos; el chapoteo de las asustadizas ranas, ritmaba la marcha del viandante, y allá en lo alto, sobre las copas de los pinos o entre las ramas de las higueras que la sombreaban, el piar de los pájaros, invisibles a contraluz y el rumoreo de la brisa, ponian un agradable fondo musical al paisaje.

Sentados en los verdes márgenes que la vegetación mullia, se gozaba del incomparable y siempre nuevo espectáculo de nuestra huerta, con cue diversas tornolidades de verde contrastando con el cere de las tierras

sus diversas tonalidades de verde contrastando con el ocre de las tierras en las que todavia no brotó la simiente; a lo largo, una estrecha y sinuosa carretera señalaba un camino de acceso por el que de tarde en tarde traqueteaba entre vaivenes un carro de labranza y pasaba un rebaño de ovejas cuyos balidos llegaban inconfundibles, aunque amortiguados por la lejania levantando una nube de polvo que lentamente se diluia en la quieta serenidad de la tarde; más allá, el perfil de muchos pueble-citos, con la inconfundible silueta de sus campanarios, que servian de fácil indentificación: Aqui Borbotó, alli Carpesa, más allá Benifaraig, Benimaclet... Y al fondo, las enhiestas chimeneas de los hornos de ladrillos, señalaban cual hitos gigantescos, los pueblos de Moncada y Alfara, tras los cuales, la mole rojiza del nuevo Seminario se destacaba limpiamente; más a lo lejos, y en último término a la izquierda, las montañas de Sagunto en rápido declive, fundian su tono azulado con el del mar que cerraba el horizonte.

¡La acequia de Moncada, ha dejado de ser la acequia de Moncada...! De ahora en adelante, será uno de tantos canales de riego sin caracteristicas propias y sin el encanto que sus floridas orillas le prestaban.

> DR. LOPEZ LAGUARDA Cronista Oficial